

## LA MALORA

Un borracho vagabundea por calles estrechas y ennegrecidas por la noche y la luz opaca de las farolas. Canturrea bajito para agradar a la mujer que se mece contra su cuello. Para provocar una vez más la risa apagada que lo ha acompañado, desde que el sol aún brillaba en el cielo. Con cada vaso de alcohol, con cada partida fallida. Sin importarle compartir con él la mala cara de unos naipes que nacieron para arruinarle, para hundirlo más y más en una miseria, a la que ya de tanto conocerle la cara casi se han hecho amigos.

El “gitano” ha jurado por sus muertos matarlo si le vuelve a ver la jeta en su cantina. Sus compinches “los cara sucias” se la tienen bien guardada desde que- tras perder hasta la camisa- se negó a pasarles la mujer, que ahora siente más suya que nunca.

Interrumpe su canto la frigidez de unos neumáticos que chirrían en la viscosidad de los adoquines. Unas luces que ciegan en el acto lo asisten para entorpecer la huida, haciéndola imposible.

Cuando se hace el silencio, una figura embutida en culpabilidad y vergüenza se baja torpemente del coche. Mira bajo sus ruedas para solo ver sangre. Se apresura- temeroso- a entrar de nuevo en su metálica y móvil caja de la muerte y salir raudo, dando marcha atrás, dejando olvidado lo que nunca debió haber sido.

No se ha dado cuenta pero las manos le sudan- frías- y la boca se le seca. En el asiento de atrás, gracias al retrovisor, unos ojos azules en llamas le acechan.

El coche sale de las callejas tropezando con un contenedor de basura, que derrama cayendo toda la podredumbre que su gran boca cuadrada protegía.

Ya en la carretera nacional un control rutinario de la guardia civil le ve acercarse dando volantazos y estando a punto de salirse de la carretera. Le hacen el alto cuando pasa frente a ellos, pero nada parece ser capaz de detenerlo en su loca carrera.

Manolo Gutiérrez –el guardia que ahora corre en su persecución a lomos del viento en su moto - prometió a su mujer tener cuidado y no darle más sustos desde el ultimo expediente disciplinario. Estuvieron a punto de echarlo del cuerpo y de separarlos como pareja. Pero en cuanto nota el cuerpo caliente de la mujer de ojos azules pegada a su espalda como perra en celo, ya no duda en apretar el acelerador para alcanzar a ese cabrito con ganas de marcha. Es el primero en llegar al coche abandonado ,con la puerta del conductor abierta como pidiendo perdón ,dándose cuenta de que el pájaro ha huido.

La mujer, siempre pendiente de todo, le indica rápida que por los matorralillos bajos que suben por la ladera de la otra calzada, se desdibuja una silueta sombría, acobardada y encogida a la que sigue como halcón. Ya con el arma en la mano y dispuesto a disparar.

Ramón García-el otro guardia- llega al lado del coche del sospechoso cuando en el aire suena un disparo. Es testigo involuntario de la visión ralentizada de su compañero , empuñando el arma que expele humo blanco, mientras un adolescente va cayendo lentamente desde lo alto de la ladera, herido de muerte.

La mujer empieza a caminar sola, carretera adelante sin zapatos. Los perdió en la carrera por el bosque o tal vez en la noche de borrachera, balanceándose como si estuviera borracha- que puede que lo esté- pero en el fondo segura, camino de su casa. No queda mucho trecho de carretera y ahora que ha amanecido el trafico se ha hecho mas fluido.

Nadie la recoge a pesar de que enseña las flacas piernas y guiña los ojos azules, permutados en seda.

Ya entra en el pueblo, cruzándose con los primeros madrugadores. El panadero –para el que ya es tarde porque su horario es al revés- y las mujeres que van a la fabrica de harina que hay en las afueras. Se detiene cerca de la Paca, una mujerona metida en años y kilos, pero

de ver aflamencado, que la hace guapetona y risueña, para darle de soslayo un beso, que la otra se limpia-sintiéndolo- como si fuera el cagajón de un pájaro.

Sin fuerzas casi para llegar a su casa , se deja caer en el interior del kiosko del Lucas que hasta las nueve y media o las diez no abrirá, para empezar a pregonar el número de la suerte del día.

Mientras la mujer duerme tranquila , enroscada como una pescadilla en el interior acristalado y festivo del kiosko de la ONCE, su hermana se dispone a desayunar en la calle como hace todos los días. Se dirige a la cafetería de la plaza, que a estas horas , de seguro ya habrá abierto, para degustar junto con los clientes habituales un cafecillo bien hecho y unas porras, enormes y bien fritas.

Esta mañana se sienta en la mesa de Tadeo , el pintor de brocha gorda que por las noches crea versos encendidos por los que nadie , ni tan siquiera él, daría una peseta. El muchacho le sonrío con la esperanza franca que tiene el artista en encontrar en algún lado la inspiración y mirándola saca un papelón arrugado del bolsillo, en el que desgarró versos con una lápiz de carbón afilado.

El camarero que pasa por su lado, se sonrío a su vez confiando ciegamente en el número que guarda en el bolsillo del pantalón. En la magia que le puede conducir lejos de aquel pueblo, que él ha visto nacer pobre y harto de trabajar .

La figura enorme y apechugada de la Paca, ensombrece el sol que entraba por el marco de la puerta. La mujer se siente mal y ha acudido allí en busca de un cafecillo que le procure la reparación a ese cáncer oculto y traicionero, que le cosquillea bajo la piel y que según el medico de la Seguridad Social , no sabe cómo hace años no acabó con ella.

-Sabe usted por qué-le dijo ella parada, medio desnuda en mitad del consultorio,desafiándolo con la mirada de leona enjaulada-Porque no me da la real gana, por eso, porque mi madre

me parió para luchar y lucharé hasta con María Santísima, Dios me perdone (se santigua) pero esto no va a quedar así, no señor.

Y el médico la ve marchar con paso firme, seguro, asombrándose de su genio pero envidiándola en el fondo.

La mujer que ha visto entrar a la Paca, reconoce en su mejilla la marca de su hermana, medio enchurretada y viscosa como si alguien la hubiera intentado borrar. Por lo que se dirige rápida hacia la mesa donde la flamencona descansa, cómo es ella, dando gritos y llamando la atención, para darle un beso donde antes se lo diera su hermana y abrazarla intentando infundirle un poco de su calor.

-Ay, Nicasio, chiquillo, no sabes tú cómo me sienta de bien a mi este cafelillo que tú me has hecho-dice en alto la flamencona, moviendo los dedos ensortijados y las doradas muñecas. Afirmando con su arte que toda ella es prodigio de cantes milenarios y ojos morunos y negros.

Es temprano y hay que ir a trabajar. Pero a la Paca se le enreda una copla en la garganta y con palillos y taconazos la va desgranando por el local que perfuma su aire de cafetales lejanos y frituras de porras, que paladean aceite churrascado en la freidora vieja del rincón.

En el Kiosko de la ONCE, se despierta la mujer dormida de mal genio y peor razón. Los ojos azules le chispean de negro, de tal forma que cambian el iris a color de muerte.

Se dirige rápida, a zancadas, al cafetín donde ya siente la presencia de su hermana.

En el trasiego de atravesar la calle no mira que el joven Pedrito, el hijo del boticario, aquel que tuvo después de años de ir de un médico a otro a Madrid, cuando ya casi su mujer podía haber sido abuela, va en su bicicleta, en dirección al colegio dos calles más abajo.

La mujer ,que invade el espacio que estaba libre hacia un segundo para el chico, le da un empujonazo que cimbreo la bicicleta y a su ocupante, llevándolo a caer de espaldas con las piernas levantadas , golpeándose la nuca certeramente con el bordillo de la acera.

La gente -que en ese momento por allí pasaba -se acercan rápidos, gritando alarmados por la sangre que mana de la cabeza del chico. Pero la mujer no se detiene ni a mirar. Ella tiene una cita segura en el cafetín con su hermana gemela.

Pero solo ha puesto un pie dentro del salón ,cuando su hermana, parece que oliéndola o presintiéndola, ya sale de estampida por la puerta de atrás ,dejando tras su fuga un olor a lavanda y romero que impulsa a Paquito -el chaval que lava los platos- a llamar por teléfono al hombre que le propusiera días pasados abrir juntos un bar a las afueras del pueblo.

La Paca ya no canta, porque de momento se le secó la boca y las ganas de juerga. Yéndose a pasos acelerados al tajo , donde hoy, de seguro, le llamaran la atención por su tardía.

-Pero bueno,mujer de Dios-le dirá el encargado que es un ave de mal agüero y un malaje-  
No sabe usted que está aquí medio por caridá. Pue no venga encima tarde...

Y la Paca se tendrá que callar la boca que le arde, con la mente puesta en sus hijos, que quiere que estudien y no sean unos burros de carga como ella. No va a contestarle que a las jóvenes y bonitas buena licencia que les da para faltar todo lo que quieran , y a ella ,en cambio,que es mayor pero bien lucida, pero que ni muerta se deja meter mano ni arrumacarse con nadie desde que murió su pobre marido, bien que la explotan por las pocas pesetas que a fin de mes le dan.

En la puerta de entrada se cruzan la Paca y la mujer y ambas a dúo,como en un improvisado ballet gestual, levantan los morros y ahuecan las narices. La primera doliéndose del mal que la matará tarde o temprano y como presintiéndolo en el aire fresco

de la mañana. La otra, queriendo descubrir a su hermana, que huye dejando atrás la lavanda y el romero que atufan, dando arqueadas, a su gemela.

En el viejo televisor del bar, se mecen grisáceas las imágenes de una catástrofe más de las tantas que miramos sin verlas. Niños llorosos y mujeres mal vestidas, con el alma a jirones, hablan sin que nadie los escuche, más atentos los pocos clientes que a estas horas asedian el bar en ver salir a la Paca, con la barbilla erguida y las penas a cuestras.

En casa del boticario todos son gritos y lloros. La madre clama al cielo pidiéndole cuentas de tanta desgracia, mientras rebusca en un viejo arcón, ropa negra con que cubrir su dolor, antes de acompañar al hijo que tanto deseó, por última vez. En un rincón de la salita de espera, aquella que se habilitó para entretener a las visitas de postín mientras los señores salían, llora muda y desconsolada, la Tata Dolores. Casi crió a la teta al chiquillo, siendo sino más madre que su propia madre, sí una madrina consentidora y amiga. Conversando con ella, sentada en la sillita de palo fino recubierta de dorados, está la mujer que fue a entrar en el cafetín y se acordó que la esperaban en aquella casa, maldiciendo su nombre y llamándola a gritos. Ambas se entienden como solo dos mujeres gastadas en la vida y resabiadas en los malos amores, pueden llegar a hacerlo.

La Tata Dolores se crió sin padre, porque se lo arrebató una inundación que le sorprendió dormido, enredado en los brazos de la mujer que ahora conversa con su hija. A la niña, entonces poco más que una pimentilla, la sacó por una ventana mal cerrada, la gemela, usando la corriente de una avalancha de agua, que la depositó, mojada y asustada, pero viva, a más de dos kilómetros de su casa.

-Esta vez también has sido tú...-le dice con amargura la tata Dolores a la Malora.

Ésta asiente con desgana, sabiendo que lo suyo es más un trabajo vocacional que casi nadie entiende más que como una condena sin culpa.

-El crío se te cruzó en el camino...sigue reflexionando la tata en voz alta, para intentar calmar un dolor que le ahoga el pecho....como se te cruzó mi padre y mi Fidel, a lomos de su tractor...

La Malora recuerda en un instante fugaz a Fidel. El campesino que trabajaba con esmero sus tierras, amando a la Tata más que a su propia vida. Para ella no es más que un rostro que se pierde entre tantos de hombres, mujeres y niños a los que conoció sin sentirlos ,compartiendo por un instante camino parejo, hasta segar su vida. Sin notarlo, solo aspirando su esencia.

La Tata se levanta de un salto para agarrar la cara, siempre tersa, de esa mujer maldita que tanto daño le ha hecho,intentando atrapar su cuello y apretarlo con fuerza, pero el color se le va , ausente, de su cara, y parchones rojos renacen en su espera.

“La boticaria” -ya enlutada y seca de lágrimas- encontrará a la Tata muerta en la salita de invitados. Sentada en su silla dorada, con las manos apretadas contra el pecho y un borbotón de babas prendido en los labios amoratados. Sin notarla , a su lado, una mujer pálida y ojerosa la saludará con un “buenas”, mientras se le nublan los sentidos y pierde la razón.

Al día siguiente, bien de mañana, lo mejorcito del pueblo se ha engalanado para despedir al niño y a su tata. Al hijo del boticario y a la Dolores ,que por expreso deseo de la señora , yacerán juntos igual que una familia,como ya lo hicieran en vida.

Al pasar frente al cafetín, la gemela de la Malora,que siempre está allí por aquellas horas, se acerca a “la boticaria”, quien su marido, con gafas negras y ojeras moradas, sostiene como si de una niña pequeña se tratara. Posa un beso en su frente y tan suavemente como el aleteo de un colibrí, le toca el bajo vientre, dándole un calor nuevo y festivo que hace que la mujer abra la boca , como un recién nacido al aire fértil de la mañana.

Semanas después , en la consulta del único medico del pueblo, sabrá “la boticaria”que un milagro en su vientre se ha producido. Un nuevo hijo viene a su hogar, no en lugar del que se fue, que nunca será olvidado , sino a segar un poco el dolor que su madre siempre sentirá por su ausencia.

La Malora que odia a su hermana a muerte, desde que nacieron con igualdad de cuerpos pero contrariadas de sentimientos y razones, no se atreverá a acercarse a esta mujer encinta, ni a su casa, pues su gemela pintará la fachada de la casa- blanqueada y bajita- de jazmín y albahaca,de cilantro y hierbabuena, proveyendo sus malas artes.

En cambio, sí se dejará caer por casa de la Paca, con la que luchará a muerte durante meses, postrándola en una cama de dolor y agonía.

-A mí llévame si quieres-le dirá la mujerona con sus ultimas fuerzas, aún los ojos negros y morunos encendidos. -Pero a estos-señalará a sus hijos que lloran sintiendo los desviaros finales de su madre-ni me los toques.

-Si no puedo mujer,acaso no sabes que ellos han sido tocados desde su nacimiento por mi hermana(escupe al suelo con asco)

"El mayor...",señala a Juan Luis. Con catorce años es un joven fuerte y alto,de ojos despiertos ,ahora enrojecidos por las lagrimas. "...Será el próximo médico,cuando el botarate éste",indica al medico del pueblo,que llora en un rincón de la habitación, "con el que tanto he luchado, me encuentre tras celebrar el bautizo de uno de tus nietos".

La Paca respira trabajosamente, haciendo un esfuerzo en el que le va la vida. Se diría que intenta avisar al médico al que tantos cuidados debe. Levanta una mano hacia él , que cae porque sabe que es imposible, que lo que ha de ser de seguro será y sigue escuchando a la Malora que se impacienta , con sus ademanes sin futuro,sus ojos luchadores y su negación a dejarse ganar.



"La niña", mira de soslayo la Malora a una cría que no tendrá más de nueve años, "será maestra, se casará con el chico que ahora lava los platos en el cafetín, que se hará muy rico gracias a la intervención de mi hermana (vuelve a escupir al suelo) y tendrá muchos hijos, incluida una niña de ojos morunos que llamará Paca, como tú".

La Paca, llama a sus hijos para que se acerquen más a su lado, pues ya siente el frío de la muerte. Abrazándoles, les aconseja por última vez:

-No dejéis los estudios por nada del mundo... Ya he llamado a mi hermana para que venga a buscaros. No os preocupéis si no viene, que alguien de aquí se hará cargo de vosotros, que en este pueblo hay muy buena gente... (Tose y un borbotón de sangre negra mancha las sábanas blancas con su presencia)

-No siga usted Paca-le dice el médico acercándose a ella y alejando con su presencia a la Malora que no lo puede resistir-No se preocupe usted por nada, que a estos chicos entre todos los sacaremos adelante.

El aire se llena de olores a hierbabuena y a lavanda, a cilantro y malvasía, y la Malora se ahoga y escapa, convirtiéndose en una sombra negra que huye por el hueco de una ventana mal cerrada.

Afortunada, la gemela que comparte cuerpos pero no razones con la Malora, se sienta en la cama, abrazando a la enferma. Mira a los ojos del médico, enamorándose como hace años, un poco más de él, y besa en las cabezas a los niños a los que ha protegido desde su nacimiento.

Paca se duerme en paz, con las manos prendidas en los suyos, feliz como nunca lo ha sido porque con la llegada de Afortunada ha podido ver a su hijo-con la cara manchada por la barba y las arrugas- en el consultorio del doctor y a su hija-con los ojos valientes como los suyos- de maestra y madre de una gran prole.

Mientras tanto en aquel mismo momento, a muchos kilómetros de allí, Manuel Gutiérrez, se enfrenta al juicio por presunto homicidio, sentándose al lado del fiscal la mujer que cabalgaba a lomos de su moto, la noche que perdió la razón mirando sus ojos sin vida.